

EDUARDO. Ya. ¡Tú te contentas con la vida póstuma, con la inmortalidad! Pero Florencio, ¿y si no la consigues?

FLORENCIO. Si no la consigo, me bastará la satisfacción de haber intentado conquistarla. ¿Te acuerdas del Mardoqueo?

..... «¡Sólo es delito  
el podrirse en el ocio, el corromperse  
entre seda y placer, y no elevarse  
sobre la turba perezosa y torpe  
de los demás mortales!» (1)

EDUARDO. ¡Pero tu tío te abandonará de seguro!

FLORENCIO. ¿Y qué? ¡Viviré de mi talento, y tendré esa gloria más! ¿No vive el médico de sus visitas, el abogado de sus pleitos? Desengáñate, Eduardo, bien sé que aún queda un resto de preocupación en el vulgo ignorante. Pero las personas ilustradas piensan ya de otro modo que se pensaba en tiempo de mi tercer abuelo el alguacil mayor, y honran la carrera escénica como el más bello adorno de una nación culta. ¡Sí, Eduardo, y la hora de la ilustración ha sonado ya para España con la hora de la libertad! ¡Siempre van juntas!

EDUARDO. No lo niego; pero también en otras carreras podías con tu talento adquirir laureles.

FLORENCIO. ¿Y son menos dignos los del teatro?

«¡El mundo comedia es;  
y los que ciñen laureles  
hacen primeros papeles...  
y á veces el entremés!»

EDUARDO. (¡Esto es hecho! Nada debe detenerme.) Florencio, voy á ver á tu tío, á saludarlo un momento.

FLORENCIO. Anda con Dios; pero cuidado con que le digas...

EDUARDO. ¡Ni una palabra! Luego iré á buscarte á tu cuarto.

## ESCENA VI

### D. FLORENCIO

FLORENCIO. ¡El buen Eduardo! ¡Siempre nos hemos querido tanto! ¡Y también condena mi determinación! ¡Un joven, un joven ilustrado! ¡Cuánto se arraigan las preocupaciones! ¡Se transmiten de generación en generación! ¡Se maman con la leche! ¡Si yo, yo mismo hay momentos en que casi vacilo; pero si he de decir la verdad, no es esa bárbara preocupación la que me hace á veces titubear, no! De algún tiempo á esta parte he sentido nacer en mi corazón cierto deseo, cierta necesidad de agrandar á un objeto..., ¡es cosa rara! Viviendo á su lado tantos años, siempre la había mirado con indiferencia, y ahora..., yo no sé, acaso la edad, el trato... ¡Ah, Concha! ¡Ah, prima mía! ¡Tú eres el único objeto capaz de rivalizar en mi alma con el amor de la gloria teatral! Yo nunca se lo he manifestado, nunca le he dicho una palabra. ¡Ya se ve! ¡Con los ensayos y el estudio de mis papeles, tampoco he tenido tiempo, y casi me alegro! Porque si no

(1) *Mardoqueo*, tragedia española.

me hubiera correspondido, mi alma es impetuosa, ardiente: ama y aborrece con extremo: una alma hecha de encargo para cómico; ¡y acaso una fatal pasión me hubiera hecho infeliz! ¡Ahora mismo, cuando me imagino verme aplaudido, celebrado, siempre su imagen se mezcla á mis triunfos, siempre se me ocurre que ella me oirá, y me aplaudirá también, y se envanecerá tal vez con mis glorias! Y quién sabe si entonces podré aspirar mejor que ahora... El corazón de la mujer es tan susceptible de entusiasmo, tan sensible á la gloria... ¡Si yo llego á adquirir un nombre!.. ¡Talma! ¡Garrík! ¡Máiquez! ¡Qué mujer no desearía que su nombre, unido al de uno de estos genios, retumbase en la posteridad mejor que en un rincón de la *Guía de forasteros*! ¡Ah! ¡Este nuevo rayo de esperanza hace palpar de gozo mi corazón! ¡El amor! ¡La gloria! Entonces, ¿quién más feliz que yo? ¡Fuera dudas: me avergüenzo de haberlas alimentado un momento! ¡Estoy decidido! ¡Quiero ser cómico! Haré mi salida. ¿con qué? ¡Esta figurilla de lechuguino es un diantre para la tragedia! Sólo á fuerza de mérito se puede hacer prescindir... ¡El célebre *Lekain* era contrahecho, ridículo, y hacía temblar á los espectadores! ¡Qué arte! ¡Qué arte tan difícil! - Empezaré por el género cómico, por ejemplo, el D. Martín de la *Marcela*: probemos.

«¡Malditos sean  
sus sinónimos eternos!  
Hay hombres de los infiernos  
que cuando hablan aporrean.  
No acabara en quince días  
á no hacerle yo acostar;  
y vuelta á su palomar;  
y torna á sus profecías;  
y retorna al nacimiento...  
¡Digo! ¡Pues tenía traza  
de dejarme meter baza!  
¡Oh, qué hablador tan sangriento!  
Aquello era por demás.  
Hija, ¡qué nube! ¡Qué nube!  
Intención mil veces tuve  
de enviarle á Satanás.  
No lo puedo resistir:  
me desesperan, me endiablan  
esos que hablan, y hablan, y hablan  
sin respirar ni escupir.  
Sirve en mi cuerpo un alférez  
que es hablador furibundo,  
y se llama D. Facundo  
Valentín Pérez y Pérez.  
No hay poder hablar con él.  
¡Sí, sí, facilito es eso!  
En soltando la sin hueso  
á ninguno da cuartel.  
Un día se puso á hablar  
conmigo: yo le quería  
interrumpir. ¡Bobería!

Sintió que iba á estornudar.  
 En tan crítico momento,  
 ¿qué hace? La boca me tapa,  
 el estornudo se escapa,  
 y prosigue con su cuento.  
 ¡Digo! Esto es ser hablador.  
 Pues con tanta algarabía,  
 por cartujo pasaría  
 al lado de ese señor.  
 Es mucha, mucha crueldad.  
 ¡Válgame Dios, qué carcoma!  
 No lo tome usted á broma:  
 eso es una enfermedad.  
 Vamos; aún me dan sudores.  
 ¡Qué suplicio! Qué agonía!  
 ¡Jesús! ¡Mala pulmonía  
 en todos los habladores!»

(Pensativo.) ¡Qué sé yo! No me satisface. ¡Si yo llegara á crear uno de aquellos grandes caracteres históricos! ¡Uno de aquellos personajes colosales... *D. Pedro el Cruel*, en el sublime drama de nuestro inmortal *Moreto*! ¡La escena con el Rico-hombre, la de las cabezadas! ¡Si tuviera aquí alguno que me hiciese la figura! ¡Si viniera Eduardo! Aunque fuese el aguador; nada más que para la ilusión. (Mirando adentro.) ¡Oh! ¡Magnífico! ¡Magnífico! (Entrase corriendo por la puerta izquierda, y sale con un molde alto de pelucas, donde está puesta la de D. Rosendo.) Ya tengo al Rico-hombre: la peluca de mi tío. (Coloca el molde y se dirige á los retratos.) ¡Progenie ilustre, nobles Verdegays, cerrad los ojos por no ver esta profanación! — (Declama dirigiéndose á la peluca.)

«En fin, ¿vois sois en la villa  
 quien al mismo rey no da  
 dentro de su casa silla?  
 ¿El Ricohombre de Alcalá  
 es más que el rey en Castilla?  
 ¿Vos, quien, como llegué á vello,  
 partís mi cetro entre dos,  
 pues nunca mi firma ó sello  
 se obedece sin que vos  
 deis licencia para ello?  
 ¿Vos, quien vive tan en sí  
 que su gusto es ley, y al vellas,  
 no hay honor seguro aquí  
 ni en casadas ni en doncellas;  
 esto lo aprendéis de mí?  
 ¡Vos, en fin, quien en mi ausencia,  
 ajando la autoridad  
 que ejerzo, con insolencia  
 pensáis que en vuestra presencia  
 temblará la majestad!

Pues entended que el valor  
 sobra en el brazo del rey,  
 pues sin ira ni rigor  
 corta para dar temor  
 con la espada de la ley.

Y si vuestra demasía  
 piensa que hará oposición  
 á su impulso, mal se fía,  
 que al herir de la razón  
 no resiste la osadía.

Para el rey nadie es valiente;  
 ni á su espada la malicia  
 logra defensa que intente:  
 que el golpe de la justicia  
 no se ve hasta que se siente.

Esto sabed, ya que no  
 os lo ha enseñado la ley  
 que vuestro error despreció;  
 y que después de ser rey,  
 soy el rey D. Pedro yo.

¡Y si á la alteza pudiera  
 quitar el violento efecto,  
 cuyo respeto os altera,  
 mi persona en vos hiciera  
 lo mismo que mi respeto!

Pero ya que desnudar  
 no me puedo el ser de rey,  
 por llegároslo á mostrar,  
 y que os he de castigar  
 con la espada de la ley.

¡Yo os dejaré tan mi amigo,  
 que no darne cuchilladas  
 queráis, y si lo consigo,  
 á cuenta de aquel castigo  
 tomad estas cabezadas!»

(Le da las cabezadas, y la arroja al suelo á tiempo que sale Rita.)

## ESCENA VII

D. FLORENCIO y RITA

RITA. (Asustada.) ¡San Francisco!.. ¡Por poco me rompe una pierna! Señorito, ¿qué es eso?

FLORENCIO. (Declamando.)

«El rico-hombre de Alcalá  
 á los pies del rey D. Pedro.»

RITA. ¡Jesús! ¡La peluca del amo! ¡Está usted endiablado! (La levanta.)

FLORENCIO. Si hubieras venido antes, me hubieras hecho de rico-hombre.

RITA. ¡Gracias! (La mete dentro.)  
 FLORENCIO. Aguarda, aguarda: ya que estás aquí...  
 RITA. Y el Sr. D. Eduardo ¿se ha marchado ya?  
 FLORENCIO. No; ha entrado á ver al tío.  
 RITA. (¡Mucho dura la sesión! ¡Y la señorita está tan impaciente!. ¡Mucho me temo que saque lo que el negro del sermón!)

FLORENCIO. Quiero ensayarme en el género trágico: ésta puede hacerme la figura.  
 — Mira, Rita, ya que has venido, vas á hacerme un favor.  
 RITA. ¿Cuál?  
 FLORENCIO. (Registrándose los bolsillos.) Toma, no: esta no, esta tampoco: esta otra... no, no... esta: no, tampoco.  
 RITA. ¿En qué quedamos?  
 FLORENCIO. «Otelo...» ¡Esta, ésta! Toma.  
 RITA. ¿Y para qué?  
 FLORENCIO. ¡Tómala, mujer!  
 RITA. ¿Y qué he de hacer con esto?  
 FLORENCIO. Darme el pie.  
 RITA. ¡El pie!.. Qué, ¿se va usted á meter ahora á zapatero?  
 FLORENCIO. Calla, tonta; que me des el último verso, para que yo siga.  
 RITA. ¡Ay, Dios mío! Yo no entiendo...  
 FLORENCIO. ¿No sabes leer?  
 RITA. De corrido.  
 FLORENCIO. Pues bien: ¿no conoces el *Otelo*?  
 RITA. ¿Alguna comedia?  
 FLORENCIO. Tragedia, mujer, de *Shakespeare*.  
 RITA. ¡Ah, qué nombres!  
 FLORENCIO. Un moro que entra en la alcoba de su querida cuando está durmiendo y la mata por celos, y luego se mata él.  
 RITA. ¡Oh! Debe ser muy bonito en comedia.  
 FLORENCIO. Vas á hacerme de Edelmira.  
 RITA. ¿Es la que está durmiendo?  
 FLORENCIO. Sí.  
 RITA. ¡Entonces no equivocaré el papel!  
 FLORENCIO. (Le busca la escena.) Esta es la escena: vas leyendo, y cuando habla Edelmira, lo lees. — A propósito, aquí está el sofá: échate aquí.  
 RITA. ¡Vaya en gracia! (No viene esto mal: así verá á D. Eduardo cuando salga.)  
 FLORENCIO. ¡Vamos! (La coloca en el sofá.) Ten cuidado con los versos, y cierra los ojos.  
 RITA. Entonces, ¿cómo he de leer?  
 FLORENCIO. Tienes razón. — ¡Oh! ¡Aquí hay un chal de mi prima! ¡Perfectamente! (Se lo pone de alquicel.) ¡Y el palillo de la calceta! Ya soy Otelo. — ¡Cuidado no te distraigas! (Éntrase dentro, y hace la salida de la escena IV del acto quinto de *Otelo*.)

..... «Sí: lo prometo.  
 Sí: mi furor acaso me arrastrara  
 á un exceso; yo quiero refrenarme.  
 ¡No! ¡Tú no morirás!..»

RITA. ¡Dios le oiga á usted!

FLORENCIO. ¡Calla!

..... «¡Cuánto realzan  
 su hermosura estas lúgubres antorchas!  
 — Para resucitar la mortal llama  
 de esta luz, al instante nuevo fuego  
 podría yo encontrar; mas si apagara  
 esa llama que anima su existencia,  
 ¿me sería imposible el avivarla?» (Pausa.)

Da un suspiro ahora.

RITA. (Suspirando débilmente.) ¡Ah!

FLORENCIO. Más fuerte, que lo he de oír yo.

RITA. (Dando un suspiro muy esforzado.) ¡Ay!

FLORENCIO. (Declamando.)

«¡Con qué pureza respirar la siento!  
 ¡Qué poderoso hechizo es el que arrastra  
 mi persona á la suya con tal fuerza!  
 A pesar de tu culpa, mira, ingrata,  
 la sangre que circula por mis venas  
 aun gustoso por ti la derramara.»

RITA. ¿Qué es eso, me va usted á matar ya?

FLORENCIO. ¡Calla, diablo!

RITA. Es que usted se entusiasma tanto, que no sea...

FLORENCIO. ¡Todavía no!

«¿Y por qué he de oprimir con su delito  
 á la infame perjura que me engaña?  
 ¡Mi mal es cierto; mis oprobios veo!  
 Los olvido... ¡Muramos sin tardanza!» (Pausa.)

¡Vamos, lee!

RITA. ¡Ah! Ahora me toca á mí... (Leyendo sin sentido.)

«O Dios, quién es, quién sois. ¿Sois vos, Otelo?»

FLORENCIO. Jesús, ¡qué horror! Con sentido, y te levantas: así..., con ciertos ademanes, como quien se despierta de dormir: vamos.

RITA. (Se levanta esperezándose y dice bostezando.)

«¡Oh Dios! ¿Quién es? ¿Quién sois? ¿Sois vos, Otelo?»

FLORENCIO. (Declamando.)

«¡Yo soy, no os inquieteis!»

RITA. (Leyendo.)

«¿Pero qué causa?..»

FLORENCIO. (Impaciente.) ¡Qué *causa*, mujer!

RITA. ¡Parece una *ene!*

«¿Pero qué causa,  
perdonad mi sorpresa, os ha obligado  
á venir á estas horas á mi estancia?»

FLORENCIO. Calla, calla por Dios; que eres capaz de quitar la ilusión al león del Retiro. (Quitándole la tragedia.)

RITA. ¡Pues yo no soy cómica!

FLORENCIO. Has dicho eso, lo mismo que dirías: «Señorita, ¿quiere usted que le ponga los papillotes?»

RITA. ¡Pues, así, con naturalidad!

FLORENCIO. ¡Calla, calla! No hables tú nada: estate ahí quieta.

..... «No: ¡te engañas!  
De Loredano á Pésaro mi amigo  
la diadema llegó... pero arrancada  
del cuerpo miserable de ese joven  
que tendido en el suelo se quedaba,  
revolcado en su sangre torpe, impura...  
¡Por mil heridas vomitando el alma!  
— ¡Ha muerto, ha muerto! — ¡Y tú su muerte lloras!  
— ¡Cielos, qué oigo! — ¡Lástima te causan  
su juventud, sus gracias lisonjeras;  
— ¡Era inocente, sí! — ¡Mira esta arma! — (Sacando el palillo, y agarrán-  
dola fuertemente de un brazo.)

RITA. (Quejándose.) ¡Ay, ay, ay!

FLORENCIO. «¡Sí; pero yo defiendo la inocencia  
aunque tu injusto acero me amenaza!  
— ¡La inocencia!..» (Sacudiéndola fuertemente.)

RITA. ¡Ay, ay, que me hace usted mal!

FLORENCIO. ¡Calla, tonta!

«¡Lo juro, sí, lo juro  
por el ser protector que nos ampara.»

RITA. ¡Caramba, suelte usted, suelte usted!

FLORENCIO. «Lo juro por mi amor, y por ti mismo.»

RITA. ¡Ay, ay, que me lastima usted el brazo!

FLORENCIO. «¡Tu sangriento puñal no me acobarda!»

RITA. ¡Ay, ay, ay!

FLORENCIO. «¡No!.. ¡Pues muere!..» (La hiere con el palillo, arrojándola sobre el sofá. Rita, asustada, cae dando chillidos.)

RITA. ¡Ay, ay, ay!

FLORENCIO. «¡Está bien hecho  
lo que acabo de hacer con esta ingrata!»

### ESCENA VIII

DICHOS y D. DIMAS

DIMAS. (Creando que riñen.) ¡Señores, señores, paz!

FLORENCIO. (Declamando.)

«¿Quién viene?»

DIMAS. ¡Sr. D. Florencio, crea usted que la muchacha no ha tenido parte en nada; y no tema usted! El Sr. D. Rosendo, delante de mí, le ha dicho al otro que usted, y nadie más, ha de ser su esposo.

RITA. (¡Ay, Dios mío, bien lo temía yo!)

FLORENCIO. (Declamando, sin atender.)

«¿Qué me habéis dicho?»

DIMAS. Que no tiene usted que regañar á la muchacha, porque ella no se ha metido en nada. (Dirigiéndose á Rita aparte.) ¡Anda, escápate!

FLORENCIO. (Interponiéndose.)

«¡Ahora duerme! ¡Dejadla que repose!..»

DIMAS. ¡Cómo! ¿Quién duerme?

FLORENCIO. «¡Su hechizo, su virtud y su amor!..»

DIMAS. ¡Sí, señor! Usted solo sera quien lo goce. (Casi á un tiempo los tres, en todo el diálogo siguiente.)

FLORENCIO. «¡Ya Dios se apiada!.. (Dirigiéndose á Rita, y agarrándola las manos.) y me la volverá... muerta!»

RITA. ¡Ay, ay!

DIMAS. (Deteniéndolo.) ¡Sr. D. Florencio! ¡Por Dios, que no tiene la culpa!

FLORENCIO. «¡Ya murió! ¡Yo he abierto su sepulcro!»

DIMAS. Crea usted que no se ha metido en nada.

FLORENCIO. (Queriendo abrazarla.)

«¡Víctima tierna y dulce, prenda amada!»

RITA. ¡Qué me rompe usted el vestido!

FLORENCIO. «¡Oh, qué dolor! ¡Qué furia! ¡Para siempre!»

DIMAS. ¡Vamos, señorito, déjela usted!

FLORENCIO. «¡Para siempre!.. ¡Sí!.. ¡Yo!.. ¡Arrancadme el alma!..»

DIMAS. Basta que yo interceda.

FLORENCIO. «¡Mi esposa! ¡Amigos, sí; compadecedme!»

DIMAS. ¡Sí, señor! ¡Será esposa de usted, cuando yo lo afirmo!

FLORENCIO. (Arrojándose sobre Rita.)

«¡Te volveré á estrechar!»

RITA. (Luchando.) ¡Ay, ay! ¡Suélteme usted!

DIMAS. (Separándolo.) ¡Sr. D. Florencio, sosiéguese usted, vamos!

FLORENCIO. «¡Muerdo!»

(Se da con el palillo; se agarra á D. Dimas, y vienen los dos al suelo.)

DIMAS. ¡Ay, ay! ¡Misericordia, Sr. D. Florencio!  
 RITA. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja! ¡Señorito! ¡Ja, ja, ja!  
 FLORENCIO. (Levantándose rápidamente.) ¡Gracias! ¡Conque te hago reír con una escena trágica, animal!  
 DIMAS. ¿Pero qué es esto, señor? Ayúdeme usted, ya que me ha derribado.  
 FLORENCIO. (Dándole la mano.) ¡Oh, D. Dimas! ¡Bien venido!  
 DIMAS. ¡Calle!  
 FLORENCIO. ¿Sale usted por escotillón?  
 RITA. (Voy á contarle á la señorita la mala noticia.)

## ESCENA IX

D. FLORENCIO y D. DIMAS

DIMAS. ¡Pero, señor, qué arrebato tan sin motivo! ¿No le estoy á usted diciendo que su tío no se la concede ni á escopetazos?  
 FLORENCIO. ¿El qué?  
 DIMAS. ¿Cómo el qué? La mano de doña Conchita.  
 FLORENCIO. ¡La mano de mi prima!.. ¡Cómo, cómo! ¿A quién? Explíquese usted.  
 DIMAS. ¡A D. Eduardo!  
 FLORENCIO. ¡A Eduardo! ¡Señor, yo estoy lelo! ¿Qué enredo es este?  
 DIMAS. Tranquílcese usted. Por más que D. Eduardo se empeñe y le ruegue y le llore...  
 FLORENCIO. ¿Eduardo se la pide á mi tío?  
 DIMAS. En este momento.  
 FLORENCIO. ¡Cielos!  
 DIMAS. Pero por más que diga que doña Conchita le ama, que se lo ha jurado, que será infeliz sin él...  
 FLORENCIO. ¡Eso ha dicho! (¡Ah, ya caigo! ¡Y yo nada he conocido! ¡Y en tanto tiempo! Ya se ve, distraído siempre.) ¿Conque dice que Concha le ama?  
 DIMAS. Pues, ¡lo que dicen todos!, y que no dará su mano á otro; pero eso es charla.  
 FLORENCIO. (Ya, ya. ¡Su prisa en venir aquí! ¡Y mientras yo estaba en el acto quinto de *Edipo*..., qué chasco!)  
 DIMAS. Repito que no tenga usted miedo. El Sr. D. Rosendo está firme en su plan, y lo ha desahuciado, diciéndole terminantemente que la destina para esposa de usted.  
 FLORENCIO. ¡Esposa mía!  
 DIMAS. Por supuesto; y hoy mismo se ha de firmar el contrato.  
 FLORENCIO. ¡Yo estoy aturdido! ¡Yo no sé lo que me pasa! ¿Habla usted de veras?  
 DIMAS. Como que delante del mismo D. Eduardo me ha dicho que vaya ahora mismo á extenderlo, y lo traiga.  
 FLORENCIO. ¡Es posible!  
 DIMAS. Y hoy recibirá usted también el nombramiento de caballero del hábito de Alcántara, que ha solicitado el Sr. D. Rosendo para usted.  
 FLORENCIO. ¡El hábito de Alcántara! ¡Yo estoy en Babia! (¡Y justamente lo saco esta noche en *El sí de las niñas*!)  
 DIMAS. Conque sea enhorabuena, que voy corriendo á extender el contrato matrimonial.

FLORENCIO. (Caviloso.) Aguarde usted. (¡He aquí una situación verdaderamente trágica! Florencio, ¿qué harás? La gloria por un lado, el amor por otro; ¡pero qué amor ni qué calabaza, si ella quiere á Eduardo!..) D. Dimas, vaya usted volando á extender el contrato, y deje usted mi nombre en blanco.  
 DIMAS. ¿Pues qué?..  
 FLORENCIO. ¡Haga usted lo que le digo! Es un capricho.  
 DIMAS. Bien, lo haré como usted mande.  
 FLORENCIO. ¡Y vuelva usted con él al instante!  
 DIMAS. Al momento.

## ESCENA X

D. FLORENCIO

FLORENCIO. ¡Ni sé si estoy triste, si estoy alegre! ¡Buen chasco me han dado! Pero estoy resuelto, muy resuelto. ¡La cruz de Alcántara! ¡Válgame Dios, qué ceguedad! Mi tío le daría su hija á un bozal de Angola como tuviera la cruz de Alcántara. Pues ella me ha de servir hoy para lo que imagino; ¡que sirva de algo! Sí; voy corriendo á ver si el sastre me ha concluído el uniforme para esta noche y servirá por la mañana en otra comedia. Aquí viene mi prima: ¡qué hermosa! ¡Ah! No, pues al menos he de vengarme; los he de atormentar.

## ESCENA XI

D. FLORENCIO, CONCHA y RITA

CONCHA (Aparte á Rita.) ¡Aún está aquí Florencio! ¡No habrá salido Eduardo!  
 RITA. Se conoce que no.  
 FLORENCIO. ¡Prima mía, me alegro mucho de verte; no sé si sabrás á estas horas el plan que tu padre se ha propuesto con respecto á nosotros; yo hace un momento que lo sé y mi corazón no cabe en el pecho de alegría! Sí, Concha; á pesar de mis distracciones, siempre ha habido un objeto en el mundo que ha fijado mi atención y producido en mi alma sensaciones que ahora te puedo revelar. ¡Concha, yo te amo, yo te he amado siempre! Tu padre me autoriza á romper el silencio que hasta aquí he guardado, pues quiere unirnos hoy mismo. ¡No creo que tú corazón esté prevenido en favor de otro, pues en este caso ya me lo hubieras confiado á mí..., á tu mejor amigo! ¡Me retiro, pues, con la fundada esperanza de ser hoy dueño del tesoro que más ambiciono en la tierra! Desde hoy renuncio á esa afición que te disgusta, renuncio á todo para dedicar únicamente mi vida á hacer tu felicidad. (Saludándola y marchando. - Aparte.) ¡Vaya un par de banderillas!

## ESCENA XII

CONCHA y RITA

CONCHA (Después de una pausa.) ¡Rita!..  
 RITA. ¡Señorita!..  
 CONCHA. ¿Qué es esto?

RITA. ¡El demonio que lo enreda!  
 CONCHA. ¿Le has oído? ¡Yo he quedado muerta!  
 RITA. ¡Qué chasco! ¡Vaya una conquista fuera de tiempo! Cuando más lo creíamos en Tebas...  
 CONCHA. ¡Cuando ni remotamente he sospechado jamás que pensase en mí!  
 RITA. ¡Salir ahora con esa pasión improvisada!  
 CONCHA. ¡Ay, Rita! ¡Qué desgraciada soy!  
 RITA. ¡Vamos! ¡También usted se ahoga en un vaso de agua! Veremos qué dice D. Eduardo, y en último caso..., ¡qué diantre! En queriendo dos amantes...  
 CONCHA. Mi única esperanza era la indiferencia de Florencio, porque ¿cómo quieres que desobedezca á mi padre?  
 RITA. ¡Ea! ¡Ya sale D. Eduardo! Ahora veremos...

## ESCENA XIII

DICHAS y D. EDUARDO

CONCHA. ¡Eduardo!.. (Viéndolo triste.) ¡Ah! ¡No hay duda!  
 EDUARDO. ¡Sí, Concha, me ha negado su mano de usted, me ha dicho mil impertinencias, me ha sacado mil historias de su familia, de sus abuelos, y que quiere casarla á usted con su primo, porque la rama transversal, y la horizontal, y que sé yo cuántas vaciedades!..  
 RITA. ¡Es de familia tener una manía!  
 EDUARDO. Pero ánimo, Concha mía; el lance no es desesperado. Él cuenta sin la huésped, según veo. Florencio no sueña en usted, ni piensa en casarse, y en sabiendo que estoy yo por medio, él mismo hará...  
 CONCHA. ¡Ay, Eduardo, soy muy infeliz! (Llora.)  
 RITA. ¡Usted sí que no cuenta con la huésped!  
 EDUARDO. ¿Cómo?  
 RITA. Acaba de hacer á la señorita una declaración en regla.  
 EDUARDO. ¿Florencio?  
 RITA. Él mismo. Ha dicho que renuncia ya á sus comedias; que siempre ha amado á su prima; en fin, que se casa con ella, y se da con un canto en los pechos.  
 EDUARDO. ¡Pérfido!  
 CONCHA. ¡No, Eduardo! Él no sabe nuestro amor, nosotros nunca se lo hemos dicho, y sus distracciones no le han dejado observarlo.  
 RITA. Qué, ¿se necesitaba estar todo lo distraído que él estaba?  
 EDUARDO. No importa: yo le hablaré. Él no puede estar enamorado de usted. Eso que ha dicho habrá sido... alguna declaración de comedia que se le ocurriría. Pues qué, ¿se puede amarla á usted, Concha, y ocultarlo así? ¡No es posible! ¡Yo le hablaré: tranquilícese usted, vida mía!  
 CONCHA. Pues qué, ¿se puede renunciar á la felicidad y tranquilizarse?  
 EDUARDO. ¡Ah, hermosa! ¡Esas palabras me vuelven loco de placer! ¡Sí, no lo dude usted, se logrará nuestro amor!

FLORENCIO. (Dentro, declamando.)

«¡Ah del obscuro reino del espanto!..  
 ¡Estancia del dolor, mansión del llanto!..» (1).

RITA. ¡Allí viene!  
 CONCHA. ¡Vámonos! Por Dios, Eduardo, ¡qué va usted á hacer!  
 EDUARDO. ¡No tema usted: yo sé respetar todo cuanto pertenece á la que adoro!  
 CONCHA. ¡Adiós! ¡Yo voy muerta, Rita!  
 RITA. ¡Calle usted: no llegará la sangre al río!

## ESCENA XIV

D. EDUARDO y D. FLORENCIO, con un lío

FLORENCIO. «Ya estamos en Madrid y en nuestro barrio.» ¡Hola, Eduardo! Hombre, ¡qué larga sesión con el tío! ¿Le has estado contando tu acción con los facciosos..., como á mi prima hace un rato?  
 EDUARDO. No.  
 FLORENCIO. ¿O te ha hablado él de nuestro tercer abuelo el alguacil mayor del Santo Oficio? ¡Ya tiene misa para un rato cuando la toma con el abolorio!  
 EDUARDO. Florencio, me alegro de verte.  
 FLORENCIO. ¡Y yo también á ti! ¿Lo has pasado bien desde la vista? ¡Ah! ¡Aquí traigo mi uniforme para esta noche: mira, mira! (Lo desenvuelve.)  
 EDUARDO. Bien; pero dejemos eso ahora: quisiera que hablásemos..  
 FLORENCIO. ¡Hasta que se nos caiga la campanilla! ¡Precisamente es mi fuerte! Pero ves qué uniforme, con su cruz de Alcántara, sus dos galones... ¡Esta noche soy jefe tuyo! ¡Pero no tardarás en llevarlo..., á otra acción con los facciosos..., como la que le contabas á mi prima!  
 EDUARDO. Vamos, Florencio, ¿quieres oirme? ¡Con formalidad!  
 FLORENCIO. ¡Cuando quieras! Pero mira, pruébate, pruébate.  
 EDUARDO. ¡Hombre, deja!..  
 FLORENCIO. (Queriendo quitarle la levita.) Pruébate; quiero vértelo puesto, quiero ver qué tal está.  
 EDUARDO. ¡Después!.. ¡Oyeme ahora!  
 FLORENCIO. ¡Pruébate ahora, y te oiré despues! ¡Hombre, dame ese gusto!  
 EDUARDO. ¡Pero también es majadería! Si urge lo que quiero decirte.  
 FLORENCIO. Pues ahora me lo dirás: vamos... (Quitándole la levita.)  
 EDUARDO. ¡Cuidado que es pesadez! (Se la quita.) ¡Vaya! Pero en seguida me has de prestar atención, ó reñimos.  
 FLORENCIO. ¡Sí, al instante! Póntelo, póntelo. (Le pone el uniforme.) ¡Magnífico, magnífico! ¡Te está pintado!  
 ROSENDO. (Dentro.) ¡Florencio!  
 EDUARDO. ¡Tu tío!  
 ROSENDO. (Dentro.) ¡Florencio!  
 EDUARDO. ¡Ayúdame á quitármelo!

(1) *El Diablo Predicador*, comedia española.

FLORENCIO. ¡Ya no hay tiempo: ya está aquí!  
 EDUARDO. ¿Dónde me meto?  
 FLORENCIO. ¡Ya nos ha visto!

## ESCENA XV

DICHOS y D. ROSENDO

ROSENDO. ¡Florencio, responde!  
 FLORENCIO. Ya iba: estaba oyendo á Eduardo, que ha subido á decirme un recado.  
 ROSENDO. ¡Calle! ¿Qué uniforme es ese?  
 EDUARDO. Este uniforme...  
 FLORENCIO. El suyo: ¿cuál ha de ser? (Aparte á Eduardo.) ¡Por Dios, di que es tuyo, no descubras que hago comedias, y me pierdo!  
 EDUARDO. (¡Se necesita en este momento toda mi generosidad!..)  
 ROSENDO. ¿Pues cómo tan pronto? Hace poco rato que le he visto...  
 FLORENCIO. Es que ha venido á parar á la fonda del cuarto bajo, y ya se ha vestido.  
 EDUARDO. (¡Cómo las urde!)  
 ROSENDO. Y esa es la cruz...  
 FLORENCIO. La cruz de Alcántara.  
 ROSENDO. ¡La cruz de Alcántara! ¡Es posible! (Acercándose.)  
 EDUARDO. (¡En buen berengenal me ha metido este loco!)  
 FLORENCIO. ¡Sí, señor! ¿No la ve usted?  
 ROSENDO. ¡Sí, ella es! ¡Amigo, esto ya es otra cosa!  
 FLORENCIO. (A Eduardo.) Bien, Eduardo; ahora hablaremos de eso, si quieres esperarme en mi cuarto un momento.  
 EDUARDO. Con mucho gusto. (Aparte á Florencio.) ¡No tardes! De lo que tengo que hablarte pende mi felicidad. (Saluda y se va.)

## ESCENA XVI

D. ROSENDO y D. FLORENCIO

ROSENDO. (¡La cruz de Alcántara! ¡Pues no me ha parecido mal este mozo! ¡Y se conoce que está enamorado de la chica!) Oye, Florencio, tu cuarto no tiene comunicación por dentro con el de mi hija, ¿no es verdad?  
 FLORENCIO. ¡No, señor, no hay más entrada que esta!  
 ROSENDO. ¡Ya! Pero dime, ¿no era la cruz de San Fernando la que le habían dado?  
 FLORENCIO. Sí, señor, también; pero ésta es aparte, la tenía solicitada antes de irse.  
 ROSENDO. ¿Le habrán relevado de pruebas de nobleza?  
 FLORENCIO. ¡Qué, no señor; las has hecho todas!  
 ROSENDO. ¿Pues cómo diablos?..

FLORENCIO. ¡Pues si es más noble que el mismo Cid! ¡Ahora sabe usted eso! No hay más que ver el apellido.  
 ROSENDO. ¡Qué! Se llama Guevara .. Guevara á secas, ¡y eso no vale nada!  
 FLORENCIO. ¡Se equivoca usted! ¡Si tiene delante un *Ladrón* mayor que José María! Él no se lo firma nunca, en obsequio de la brevedad.  
 ROSENDO. ¿Es Ladrón de Guevara?  
 FLORENCIO. ¡Y ladrón de corazones, según tengo entendido! Sé que mi prima le ama; que él trata de pedírsela á usted por esposa: de eso quería hablarme, de que yo le presentase á usted; y sin duda para manifestarle, sin necesidad de enseñarle pergaminos ni papelotes, la nobilísima estirpe de que procede, se ha ido á poner su cruz de Alcántara. Ya sabe usted que en llevando la cruz de Alcántara, no hay nada que preguntar.  
 ROSENDO. Eso por supuesto. Pero, Florencio, para eso te llamaba: has de saber que ya me ha hablado; que ya me la ha pedido.  
 FLORENCIO. ¡Hola! ¿Conque será cosa hecha?  
 ROSENDO. No: yo tengo otro plan..., y como venía sin la cruz..., en fin, se la he negado.  
 FLORENCIO. ¡Qué ha hecho usted, tío! ¡Sabe usted el favor que goza en el día! ¡Sabe usted que ese mancebo se verá mañana de general, y quién sabe! ¡Con una gran cruz, con excelencia, y puede que algún título!  
 ROSENDO. ¡Un título! ¡Ya se ve! ¡No me había dicho nada! No me ha hablado más que de su amor, y vuelta con su amor.  
 FLORENCIO. Como que para casarse, eso es antes que títulos y cruces.  
 ROSENDO. No importa: yo he resuelto ya otra cosa. Florencio, quiero casarla contigo.  
 FLORENCIO. ¡Connmigo, señor! ¿Y he de consentir yo que mi amigo sea infeliz por mi causa? ¡Imposible!  
 ROSENDO. ¡Déjate ahora de filosofías modernas! Ya lo tengo todo dispuesto: D. Dimas traerá ahora el contrato para que lo firmemos, y en cuanto á cruz de Alcántara, mi familia no es menos que la de ese señorito. Sabe que la he solicitado para ti, y que hoy también espero la gracia.  
 FLORENCIO. ¿Hoy también? ¡Dos cruces en un día!  
 ROSENDO. Aquí viene D. Dimas, que puede que la traiga.  
 FLORENCIO. (¡Esto no va mal! ¡Se tragó la cruz!)

## ESCENA XVII

DICHOS y D. DIMAS, con el contrato y un oficio

ROSENDO. ¿Trae usted el contrato?  
 DIMAS. Aquí está.  
 ROSENDO. Venga. Florencio, tu padre te dejó al morir encargado á mi cuidado. Yo te he educado como correspondía á tu nacimiento, á la nobleza de tu sangre: no he querido que estudies, porque desde luego formé el proyecto de unirme á mi hija, y que gozases de mis bienes. Ha llegado el día de realizarlo: aquí está el contrato: firmalo.  
 FLORENCIO. Señor: yo conozco lo que usted me ama, veo lo que quiere usted hacer